

tes y la iniquidad de la esclavitud, no osó, sin embargo, atacarla, por prudencia política, mientras que Aristóteles se empeña en justificarla en nombre mismo del derecho natural.

Y no obstante, era preciso acordarse alguna vez de la unidad del género humano o del parentesco que nos liga naturalmente unos a otros. «Una misma tierra—dice Eurípides—nos sustenta igualmente a todos, y nadie tiene privilegio: Nobles o no nobles, somos una misma raza; el tiempo y la ley han producido el orgullo de la nobleza.» «Hombres y dioses—dice Píndaro—, el origen es el mismo. Una madre común nos anima a todos con el soplo de vida.» Aristófanes sabía que no hay más diferencia entre un amo y su esclavo sino en que uno es bastante rico para comprar al otro; y sin duda la emoción del espectador del teatro griego proclamaba, de acuerdo con los sofistas, que la esclavitud está fundada, no sobre la Naturaleza, sino sobre la violencia, cuando Eurípides les ponía ante sus ojos Hécula, Andrómaca o alguna otra princesa destronada que exclamaba: «¡Yo era vuestra reina poco antes, y ahora soy vuestra compañera de servidumbre y de miseria!»

Las preocupaciones cívicas y nacionales, que ofuscaban las luces de la conciencia natural, se desvanecieron por efecto del tiempo, de la lógica y de los acontecimientos, y no hallamos traza de ellas en el cinismo de Arístipo o de Antístenes, ni en el egoísmo de Epicuro y de Pirro en el momento en que Alejandro conciliaba la Hélade y la Persia, los griegos y los bárbaros.

Nada se oponía ya al concepto de la patria universal de la humanidad, y esta grande y fecunda concepción es la obra magistral del estoicismo.

He ahí lo que los estoicos y sus enemigos parecen haber comprendido mejor que los modernos historiadores de la filosofía. Los estoicos se jactaban principalmente de ser «los fundadores

de los derechos del género humano», y sus adversarios, a juzgar por los escritos de Cicerón, les despojaban sobre todo del sentimiento y de la idea del cosmopolitismo, desconocida para Platón y Aristóteles.

La unidad del género humano, un mismo derecho y una misma ley para todos los seres razonables, la igualdad, la filantropía, la comunidad o la solidaridad universal: tales son las grandes novedades de la filosofía contemporánea de Alejandro.

Y no es que estas sean ideas mal determinadas o lanzadas al paso: son principios fijos, invariables, rigurosamente encadenados unos a otros, que forman uno de los más vastos sistemas contruidos por el pensamiento. El estoicismo no sabe si físicamente hay una sola raza de hombres o si hay varias, si los bárbaros y los negros tienen el mismo origen ancestral que los griegos, pero sabe que todo hombre es un ser racional y libre; que no procede originaria y esencialmente más que de una sola ley, la verdad o la razón universal; que la unidad del derecho hace la unidad de la ciudad, y que, por consiguiente, todos tenemos, respecto unos de otros, los mismos deberes y los mismos derechos que un ciudadano respecto de otro ciudadano.

Así se había engrandecido, hasta convertirse en la humanidad misma, la pequeña ciudad democrática de los jonios, aquella unidad orgánica y viviente, cuyo principio y alma era la igualdad, y cuyos efectos eran la libertad, la paz, los servicios recíprocos y el amor.

Antes del estoicismo hubo indudablemente sentimientos y actos humanos; blasfemia contra la Naturaleza sería negarlo. Pero entre los contemporáneos de Alejandro comenzó la idea misma de la humanidad, y no se comprendió hasta entonces que el hombre tiene una dignidad y un valor intrínseco sólo por ser hombre. En el Pórtico nació el derecho humano, el derecho universal.